

¿REVOLUCION DOCTRINAL?

NO; no ha habido en la Iglesia ninguna violencia, ningún cambio coactivo y avasallador. A nadie se le ha forzado a cambiar nada que sea esencial en el catolicismo.

Pero ahí está la cuestión clave: ¿qué es lo esencial en la Iglesia? Esa es la pregunta que me hacen muchos —sobre todo jóvenes—. Cuántas expresiones que se dicen dogmáticas, leyes rigurosas, condenaciones tajantes, listas de libros prohibidos, sílabos de errores, manuales de doctrinas anatematizadas (como el célebre Denzinger), han sido el alimento casi único de nuestra formación cristiana.

No teníamos más obsesión, en los medios responsables, que utilizar una lupa gigantesca que agrandase desorbitadamente nuestras necesarias equivocaciones de hombres de carne y hueso. Y cualquier clérigo teólogo, o seglar representativo, se encargaban de lanzarnos a la cara un texto —salido de su circunstancia histórica— para abrumarnos con su pretendida erudición, o con su afán demasiado riguroso de ortodoxia.

Y, ¿cómo íbamos —nosotros pobres mortales— a oponernos a ellos? Parecía una pretensión inaudita que un simple fiel, que quería pensar su propia fe, pudiese contradecirles. Y si se atrevía a ello, inmediatamente se le clasificaba entre las ovejas descarriadas, sin más derecho que al castigo y a la repulsa de todo bien-pensante, que era sinónimo de no-pensante.

Y, sin embargo, las grandes verdades religiosas no las dijeron para nuestro tiempo ninguno de estos celosos defensores de la doctrina, sino hombres católicos como Bernanos, el literato católico que supo decir siempre lo que pensaba, sin temor a censuras eclesiásticas, como he recordado hace poco; o el barón Von Hügel, el filósofo de la religión; o el historiador Lord Acton, con sus agudos juicios; o ese humilde religioso, ciego y postergado, que fue el mentor de la mejor intelectualidad francesa, el padre Pouget, y que nadie conoce hoy; o el condenado filósofo padre Laberthonnière (hoy por fin rehabilitado), que no dijo a principios de siglo más que lo que resulta ser hoy un lugar común entre católicos.

Hay que leer a estos autores actualmente —igual que al, en su tiempo, combatido cardenal Newman— para comprender que son ellos quienes están próximos al Concilio Vaticano II, y no los manuales clásicos de teología como el de Tanqueray; o los libros de moral de Ferreres y Arregui, que todavía se reeditan sin desmayo, o se copian traducidos al castellano como moral para seglares.

Y uno se pregunta: ¿para qué nos ha servido la estricta ortodoxia de detalle de esos magníficos infolios?

ME preguntaba yo esto ante la lectura del documento que han enviado los obispos franceses al cardenal Ottaviani, y que ahora acaba de publicar la prensa francesa, por decisión del propio episcopado del país vecino.

Ese ha sido el mejor mentís contra unos procedimientos trasnochados, que no acaban de olvidarse en la Iglesia. Y es un mentís, no sólo razonado y sincero, sino lleno de agudeza práctica y de comprensión pastoral para nuestro tiempo.

Rahner, el famoso Rahner, lo dijo también en una revista alemana editada por los jesuitas, hace unas semanas. *Stimmen der Zeit* publicó una dura crítica, escrita por este teólogo, a raíz de enviar Ottaviani su lista de errores a todos los obispos del mundo. Y no se recató Rahner en decir que el procedimiento era totalmente inadecuado. Las tres razones alegadas por este teólogo católico contra el documento del dirigente del ex Santo Oficio fueron: 1), que era expresión de «una cierta mentalidad legalista en Roma», la cual no comprendía la positiva situación alcanzada en el catolicismo como consecuencia del Vaticano II; 2), que decir «no» y repetir las doctrinas llamadas tradicionales, no sirve para enfrentar positivamente los serios problemas que actualmente tenemos; 3), que el Concilio favoreció la libertad de discusión para llegar a alcanzar soluciones a esos nuevos problemas que tiene el mundo de hoy.

Como dice, con sincera crudeza, el monje benedictino dom Pedro van der Meer de Walcheren: «Está bien claro que, abriendo puertas

Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

y ventanas, la gente senil ha cogido frío, enfermado; pero —gracias a ese riesgo— hoy se respira aire fresco en la Iglesia, y se lo debemos en gran parte a Juan XXIII, ese Papa amado de anarquistas, pastores, protestantes y católicos».

CON noble serenidad y ejemplar equilibrio han tenido, los obispos franceses, la valentía de publicar el mensaje que dirigen al cardenal Ottaviani, cuando él quiso —aunque no lo consiguió por la santa indiscreción de la prensa— mantener secreto en todos sus términos su propio documento.

«Lamentan los obispos (franceses) la forma que se ha dado a esta inquisición», aunque comprenden que, al menos, se producirá una cosa nueva, en la historia de las relaciones con la Curia Romana, sobre todo en sus organismos doctrinales: «un diálogo confiado y fructuoso».

¿Quiere esto decir que no haya dificultades doctrinales en el mundo católico francés? Ni mucho menos. Existen, y es natural que así sea, ya que en buena parte «proviene de la extraordinaria evolución de los conocimientos y de las costumbres, que es la característica de nuestro tiempo».

Pero los obispos «tienen conciencia de que no bastaría denunciar el desorden —que estas dificultades producen— para hacerlo cesar. Incluso, a veces, serviría para agravarlo».

No vale —contra lo que acaba de hacer el filósofo católico Maritain— decir que estamos ante una nueva herejía modernista que quisiera arruinar al cristianismo auténtico, porque «considerando la situación en su conjunto no podemos hablar de un resurgir del modernismo en el sentido histórico del término». Ese modernismo falsificador de la modernidad, que surgió a principios del siglo, y que se reducía a un superficial y delicuescente humanismo, sin raíces en la redención real que Cristo quiso de los hombres. Modernismo evanescente criticado por igual por católicos y no-creyentes, siempre que éstos quieran con seriedad un mundo intelectual y materialmente más justo.

El peligro que ven en esta carta de Ottaviani —la mayoría de los obispos franceses— es que llegue, esta enumeración de errores, «a endurecer las posiciones todavía vagas, y provocar dudas inútilmente sobre materias que no entrañan ninguna dificultad». Y, por supuesto, que «no se debe ni pensar en publicar una lista de proposiciones condenables, porque se paralizaría la investigación, sin por eso evitar el error».

Los franceses, con su finura de espíritu, saben que hoy se necesita entre los seglares —y también entre los clérigos— «almas independientes y vigorosas», como pedía el santo francés por excelencia, San Francisco de Sales, del que ahora se conmemora el cuarto centenario.

Por eso, este santo, sostuvo en su tiempo «al padre Redento Baranzano que enseñaba una doctrina al día, sustentando en física las ideas de Galileo que encontraban dificultades en Roma; y San Francisco de Sales no sólo aprobó su libro, sino que le sostuvo contra sus superiores» (E. M. Lajeunie). Practicó este santo lo mismo que ahora practican los obispos franceses, porque han sido conscientes de «que no eran lugartenientes de la Santa Sede, sino de Jesucristo» (S. Francisco de Sales).

LOS intelectuales católicos son tratados, por el episcopado francés, con todo respeto y comprensión. «Hablando de Francia hay que alegrarse, en el conjunto, de la vitalidad del pensamiento católico y del diálogo emprendido con los no-creyentes a este nivel. Una acción de este género no se realiza ciertamente sin tensiones ni riesgos, pero las dificultades que se encuen-

SIGUE

Lencería de hoy... airosa... juvenil... deliciosamente femenina. ¡Qué agradable sensación de alada suavidad! Algo la distingue... algo le confiere este atractivo especial. Ese "algo"...

es...NYLON/Inquitex



Exija esta marca en la etiqueta de garantía.



¿REVOLUCION DOCTRINAL?

siones en este aspecto, no pueden disminuir este juicio positivo que hacemos».

Y de los apóstoles seculares de Acción Católica dicen que deben ser «sostenidos en su acción y confirmados en su fe». Y eso lo afirman cuando, entre nosotros, se ha creído que era peligroso imitar todo lo que venía de Francia en apostolado, queriendo como hacen ellos, un puesto activo, responsable, lleno de iniciativa y espontaneidad en la Iglesia, a la hora de deber tener una presencia y dar un testimonio, ante los problemas del propio país y del mundo entero. No se trata —como he dicho otras veces— de hacer política católica, o sindicalismo cristiano, o filosofía de iglesia, sino de emitir juicios éticos con libertad sobre las situaciones reales del mundo de hoy —sea en nuestra región, nación o comunidad internacional—, y lo mismo sobre una doctrina, que sobre una actitud práctica, sobre una injusticia social, o acerca de un fallo político contra la ley natural. Así llegaríamos a una auténtica cooperación por construir un mundo mejor, y no al absentismo, a la asepsia o al silencio inactivo.

Mantener los movimientos seculares en una acción a nivel ético no es hacer temporalismo.

LA prensa francesa, salvo la más conservadora, ha acogido con regocijo este comunicado de todo el episcopado francés. Precisamente han sido los representantes de ese catolicismo rígido, ordenancista, obseso de ortodoxia y de falsa tradición —como Louis Salleron—, quienes han recogido irónicamente el tono del comunicado, dejando entrever que ha sido una concesión a la opinión pública, a la que se le ha dado el gusto de «escuchar el sonido de campana al que está acostumbrada».

En cambio, el ala progresista —representada por *Temoignage Chrétien*— y hablando por boca del gran teólogo padre Chenu, Orden de Predicadores, dice que «decididamente salimos del régimen del secreto y de puertas cerradas que caracterizaban a los viejos regímenes». Porque sin duda hemos de estar especialmente complacidos por la idea que los obispos recogen «de la insuficiencia de ciertas enseñanzas tradicionales, y la urgencia de una seria profundidad en moral». En una palabra, necesitamos más cultura y más ciencia del siglo XX —como ensayó Teilhard— a la hora de estructurar la fe y la ética cristianas, sin demasiado temor al peligro de este ensayo. Pero eso no le impide al padre Chenu reconocer —a pesar de todo— la voluntad favorable al Concilio de Ottaviani, aunque no siempre acierte a interpretarla en la práctica.

El actual, vivaz y activo obispo español González Moralejo, acaba de publicar en la sesuda revista *Ecclesia* un sincero —y no por eso menos prudente— artículo donde se hace eco de las tensiones que, tras el Concilio, se producen entre seculares; entre clérigos y seculares, o entre obispos y creyentes —sean simples fieles o sacerdotes.

La causa y el desarrollo de esta tensión los diagnostica en forma análoga a los obispos franceses. «Es evidente —dice— que el Concilio ha provocado en el seno mismo de la Iglesia un despertar de energías que pueden llegar, y llegan, a producir verdadera tensión. La santa libertad demostrada por los padres conciliares, el ejemplo de su dialéctica humana, en la que una mayoría decidida pugnaba por abrir paso a audaces reformas, frente a una minoría llena de autoridad que reclamaba prudencia; y, en adelante, la mayor participación que el Concilio otorga a sacerdotes y seculares, en la ordenación de la labor pastoral de la Iglesia, contribuyen sin duda a estimular, entre unos y otros, ciertas actitudes críticas...».

El obispo español alude, a continuación, a la posible nocividad de alguna de esas críticas, si rompiesen el verdadero lazo de la caridad; pero para que la tensión se supere, es necesario, sin embargo, que se emprendan con oportunidad, pero con firme decisión, las reformas conciliares, ya que si no, se dará pie al fomento de tales diferencias y divergencias, que rompen siempre la cordialidad, dando como resultado la acritud en unos y el desánimo en otros. Tenemos que seguir al Papa, ciertamente; pero hemos de hacerlo sin por eso limitarnos a lo que él mande, porque —como hace ver este obispo— hay que realizar el Concilio, cuyos documentos estén ahí, esperando nuestro empuje decidido para su leal conocimiento y cumplimiento.

E. M. M.



nuevo maquillaje
...fluido, diafano
intacto todo el día!
skincolor

LANCASTER



Arrête la marche du temps